

MLCM 84/5640

LA
SEMANA TRÁGICA
EN BUENOS AIRES

ABARCADA DESDE EL
DEPARTAMENTO CENTRAL

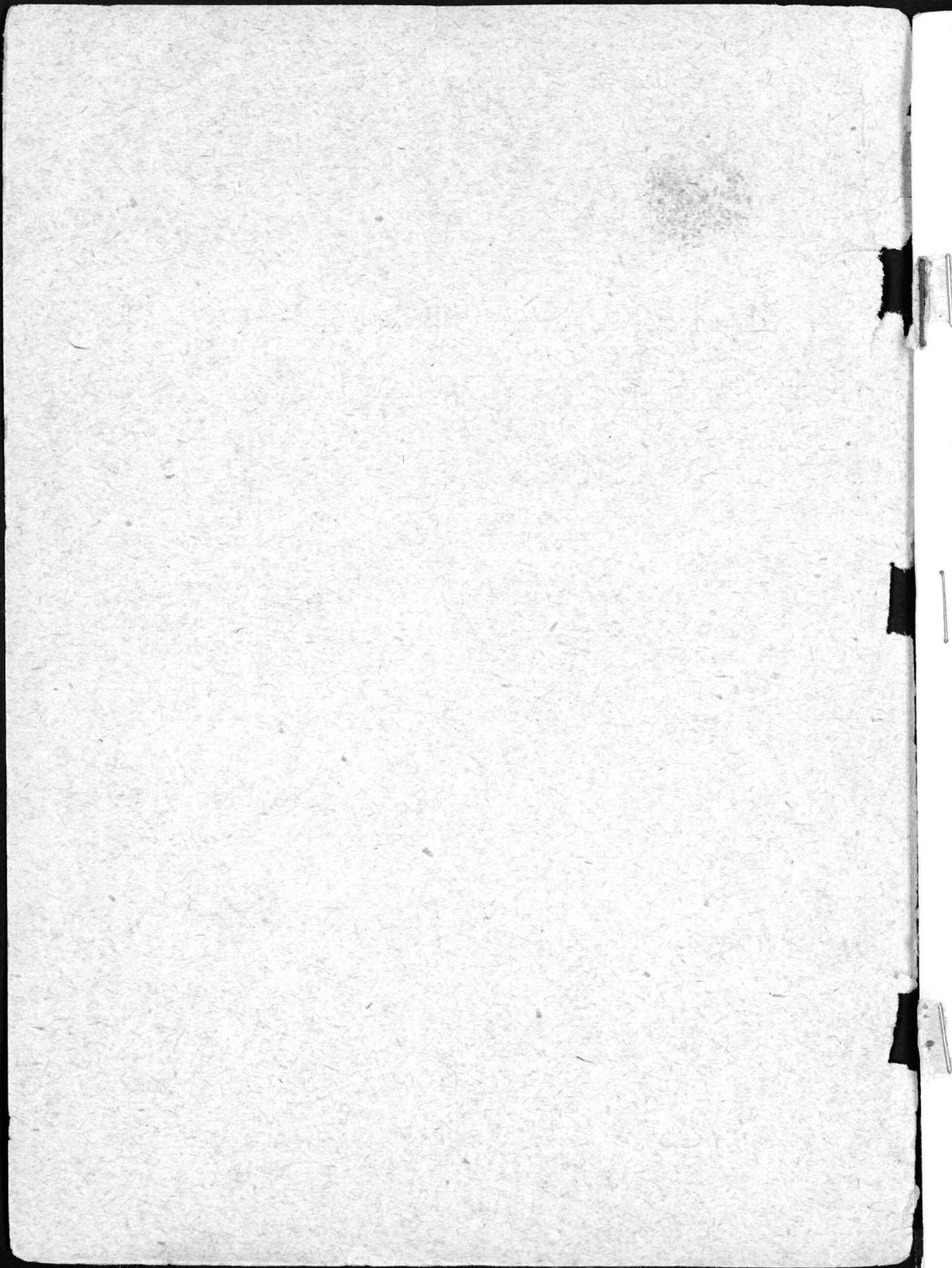
POR EL

D.^r. CESAR VIALE

EX-SECRETARIO GENERAL DE POLICIA
DURANTE LOS AÑOS 1910 • 1911



BUENOS AIRES
1919



CESAR VIALE

La semana trágica
en Buenos Aires

Abarcada desde el
Departamento Central
de Policía

Apuntaciones Históricas



Buenos Aires

1919

MLCM 84/5640

U.S. DEPT. OF COMMERCE
6
OCT 22 1984
COPY.....
ORDER DIVISION

HAP

85-838691

La semana trágica en Buenos Aires, abarcada desde el Departamento Central de Policía -- Apuntaciones históricas

Entendemos, al reconstruir las impresiones que iremos poniendo en línea, trasladar del negativo al positivo cierto número de auto-placas —cosecha ocasional— que no habría porque dejar olvidadas entre los rezagos de la cámara oscura, donde en tropel y sin orden debieron amontonarse, en una de las horas críticas que han gravitado sobre la conformación político-social existente en la Argentina.

Previamente no estará de más deslindar posiciones, frente al siguiente cardinal interrogante:

Enfocada con espíritu histórico o episódico, la reciente perturbación a que se refiere el título, ¿resaltan en la misma, aspectos definidos como para asignarle a simple vista el carácter de estallido maximalista, o, si se quiere, que haya sido impulsada por militantes de esa filiación de propósitos avanzados? Seguramente—pero sin anticipar concretos—es ese, entre otros, uno de los puntos que como corolario de la presente exposición, creemos puedan quedar elucidados; para ello además de lo substancial, traemos a colación informaciones generales, y del ambiente, que pensamos se relacionan entre sí. las cuales ofrecemos a aquellos que se interesen en inferir un juicio, más o menos cierto, sobre la paternidad que reconocería suceso de tan significativas proyecciones.

I

Señalaremos, desde luego, los reiterados anuncios—in-sinuados de unos años a esta parte por quienes podían advertirlo—de la aparición de ciertos antes incoloros comités, que cautamente iban sentando sus reales entre nosotros, a los cuales bien podría clasificárseles de condimentosas y ultrmodernas semillas, desparramadas en tierra sino fértil preparada al menos para rendimientos apreciables; sucediendo que mientras de parecida manera gestaban en todos los climas los frutos que asaz difundidos excitan hoy a grandes masas humanas, conocíanse y hasta eran familiares hacía rato entre nosotros, tanto como en las naciones más dispuestas, centros, bibliotecas, periódicos y emblemas, de la propaganda genéricamente denominada «anarquista», cuyos derivados, individualista, comunista, terrorista, etc... se confunden en una aspiración madre, que compendia por así decirlo, su razón de ser y su programa: la revolución social.

De donde se deduce que, sin mayores obstáculos, prosperó aquí una fórmula o dogma colectivo que ha llegado a sumar en los últimos tiempos el antecedente de su ensayo practicado en amplia escala dentro de las fronteras en que para siempre y estrepitosamente se hundiera el feudo anacrónico de los Romanoff...

Agreguemos que a la relativamente favorable disposición local, sobradamente estimuló la guerra europea, con su doble cúmulo de desventuras materiales y morales desparramadas a los cuatro vientos. Pero aun omitiendo referirnos a tan decisivo factor que ha precipitado estos y otros bien variados acontecimientos, ¿dónde diríase que ha dejado de acentuarse en el transcurso de los últimos lustros—en ocasiones sorda, en ocasiones rumorosamente—la profunda y compleja crisis, que al roer los cimientos de la civilización de occidente, se place en madurar y dar alientos a los sustitutos ideológicos que acechan su ciclo?

El mismo manto de honda melancolía imperante en el pasado no lejano de la paz armada, que quien no habrá palpado y que gradualmente se extendiera de un polo

hasta el otro, influenciando a hombres y cosas, ¿no parece ser como que hubiera querido la naturaleza predisponer a sus criaturas a cuantos espectáculos y transformaciones vendrían a sacudirles mas tarde los sentidos, trastornando a la vez, en pleno festín de minorías egoítricas, el alma de la época?

Escritores hubo que preanunciaron la descomposición colectiva e institucional, que, como un epílogo de la contienda suscitada en el viejo mundo, doquiera se percibe; que, en síntesis descarnada, revela ser la renovación—violenta por las circunstancias—de desacreditados métodos aplicados a la subsistencia en la vida en común. Pronósticos que algunos aceptaban posibles... en la próxima centuria, eso siempre que, tras rudo batallar, no se atemperaran o transaran antes las convulsas huestes asalariadas; otros no se detenían en lo que conceptuaban deshilvanadas conjeturas, y a lo sumo reían...

También hubo, para mayor curiosidad, quienes llegaban a argumentar en base a la teoría de que estando ubicado nuestro país aquende el Atlántico, no tenían por que alcanzarle, ni siquiera de rebote, los problemas económico industriales, del otro lado en debate, subsecuentes de la conflagración continental. Vale decir que se olvidaba—con grave perjuicio, por no ser pocos los opinantes y algunos de ellos influyentes—que donde coexistan los dos factores, capital y trabajo, pueden y deben producirse parecidos desarrollos y consecuencias.

¿Es creíble, por ventura, que lo accesorio desnaturalice a lo principal? ¿Y entonces como iba, por unilateral influencia de mera ubicación geográfica, a metamorfosearse en cuestión de regiones o latitudes, lo que es, por su origen y función, de índole universal y añadamos: en trance de efervecencia?

Por supuesto que donde precaucionalmente no se estimó que amagaba un levantamiento de tal magnitud e intensidad, como así donde no existió el freno relativo de las movilizaciones extraordinarias, hubieron de sentirse muy agudos, los efectos del frotamiento o disputa de clases en pie.

En lo que a nosotros se refiere, diversas y palpitantes

circunstancias—externas e internas—sugerían anormalidades por venir, que tenían forzosamente que empujar al medio de la corriente a los que siempre se les halla listos al margen de las subversiones de cualquier especie, a los pescadores de río revuelto y a los que indiferentes a las propias reivindicaciones trabajadoras en periodos regulares, truecan, al calor de contagiosas agitaciones populares, sus instrumentos de labor por armas de revuelta y destrucción. Mencionaremos, como importante nota, en este capítulo, la eclosión espartaquista, que, siguiendo la huella del bolchevichismo, gozara de un auge tal a raíz del armisticio, que creyóse inminente su triunfo en toda Alemania.

El conocimiento completo que de ese movimiento se tenía aquí, debió, sin duda, estimular a los prosélitos de la revolución social, esparcidos entre nosotros, que atentos seguirían—es obvio indicarlo—el incremento de las antes referidas agitaciones, que, como una ola, veíase correrse del extremo oriental al centro de Europa. Además, la ausencia de una amplia y eficaz codificación del trabajo complicaba indudablemente el problema, dando argumento a los que, de buena o mala fé reclamaban mejoras en sus ocupaciones; y engorro a los que tenían que afrontar los innumerables y encadenados conflictos obreros, nada más que a base de los adventicios y filosóficos resortes de la paciencia y el criterio de la conciliación. (Puesto que la ley de residencia y la ley social—números 4144 y 7029—son solamente de castigo. Y parciales las que se han sancionado para este o aquel gremio o para esta o aquella situación especial de los que viven a jornal.)

Estas causas, entre las de mayor importancia, y otras de menor bulto, aunque más directas, que citamos en seguida, favorecieron a todas luces a los representantes de las nuevas ideas, o sea los protestantes contra el régimen social que se califica de inequitativo y que, al par de ellos, pero con menor acritud, se combate por el proletariado local.

Es el caso que mientras menudeaban reuniones y conferencias de tendencias inconfundibles, al aire libre y en

locales cerrados, que concitaron a gruesos auditorios de la capital, produciase en el mecanismo policial del Rosario un principio de desorganización, no sin dificultad reprimido y aprovechado como propaganda por los extremistas.

Recuérdese que en esos días, era voz corriente que habrían de manifestarse disturbios de vasta ulterioridad en el escenario nacional. El fuego graneado de que fueron blanco—saliendo por milagro ilesos—el jefe de policía Casás y los inspectores generales Laguarda y Vieyra Latorre, en la Avenida de Mayo, dieron la pauta de la decisión de los que, por oportunismo o afinidad, se arremolineaban en esos momentos alrededor de la enseña maximalista que venía de desplegarse y a todo trapo...

Naturalmente que, en estas condiciones ambientes, cada nuevo suceso de cariz social debía agravar un estado de cosas delicado por demás en su conjunto; magnificando lo que en distinta situación no hubiera sobrepasado la medida de su verdadera importancia. Por ende fué que la iniciación de la huelga marítima, como también la de los empleados del ferrocarril Meridiano V, en las postrimerías del pasado año, contribuyeron a azuzar la hoguera, que, no es misterio, se encontraba a medio encender.

Pero el acontecimiento que, sin desviarse de su cometido pacífico, tuvo sin discusión—dado su aporte intrínseco—, mayor volumen de cuantos pudieron sobrevenir en aquellos días, fué la celebración del X Congreso de la Federación Obrera Regional Argentina, el que, en mérito á sus resultancias, requiere ser tratado aparte.

II

Las asambleas del X Congreso de la F. O. R. A., «la fora», como por abreviación y familiarmente la denominan sus miembros a esta corporación sindicalista, tuvieron lugar en el Teatro Verdi de la Boca, los días 29, 30 y 31 de Diciembre.

Los relieves del cuadro y el concepto que en aquellas

se encierra, nos deciden a abundar en detalles, para contribuir a facilitar su justa interpretación.

Presentes en las nueve sesiones consecutivamente realizadas, contamos alrededor de 120 delegados de los diversos gremios asociados en la república (con más el enviado del Perú), representando algunos hasta dos y tres agrupaciones, pues no todas las cajas obreras se encontraban aliviadas como para afrontar los gastos de viajes distantes más la estada consiguiente de sus diputaciones en la capital; y, destacando su block étnico considerable—entre la variedad cosmopolita allí congregada—, veíaseles a los de cepa nativa, algunos venidos del as gobernaciones más apartadas del territorio. En la platea de la sala, que llenaba las veces de un hemicycle parlamentario, habíase añadido a los respaldos de cada fila de butacas rústicos listones ad hoc de madera de pino, supliendo la ausencia de lustrosos pupitres, donde, mal que bién, era posible redactar mociones, proyectos, tomar apuntes, apiñar antecedentes, datos, volúmenes de consulta...

Acosados por la elevada temperatura, a saco y cuello quitado sesionaban los deliberantes, ofreciendo la múltiple coloración de sus camisas y la recia contextura de sus brazos velludos, pintoresco efecto. Empleados de ferrocarriles, de frigoríficos, conductores de vehículos, marítimos, metalúrgicos, carpinteros, ebanistas, zapateros, mozos, cocineros, municipales, pintores, etc., etc., que, con manifiesta compostura fueron exponiendo ideas e intereses, para cuyo análisis y debate estaban convocados. A un lado, el consejo federal cesante de «la fora»—nueve personas—contestaba las interpelaciones, rendía cuenta de los dineros administrados, defendía los actos de su organismo.

La mesa directiva al efecto electa, y que desde el escenario encausaba el curso de las deliberaciones, componíanla los delegados García, Della Lata y Penelón, presidente, vice primero y vice segundo—marítimo, ferrocarrilero y gráfico respectivamente—; y como secretarios los delegados Lauzet, director del periódico «La Organización Obrera», y Semería.

Evacuados los preliminares, uno de los asuntos que

más tiempo detuvo la atención de este congreso, según se había previsto, fué el despacho de la comisión formada por los delegados González y Alegría, encargada de defender las reformas a introducirse en la carta orgánica, cuyo texto comprende hoy 72 artículos a continuación del preámbulo en el que consideróse especialmente la introducción del párrafo siguiente: «El sindicato es la forma específica de agrupación obrera... que, por esto mismo, reúne en su seno a todos los productores, cualesquiera sean sus opiniones respecto de política, religión u otro dogma»; que tiene su complemento en el Art. 2º, inciso a): «absoluta prescindencia frente a las tendencias ideológicas y partidos políticos». Declaraciones ambas sostenidas con calor, pues la organización obrera—se dijo—no debía distraerse de sus propósitos sindicalistas, a fin de mantener su unión moral y material.

Recordamos entre los oradores que se destacaron, en esta como en otras diversas cuestiones, por su dicción esmerada y construcción literaria, al delegado de los foguistas de a bordo, que improvisaba, a juicio nuestro. Joven de facciones finas y cabello castaño, llevaba cubierto el busto con solo su camiseta de trabajo y anudado al cuello—al parecer por costumbre en su oficio—un pañuelo blanco de pequeñas dimensiones.

La barra, atenta y apeñuscada, que desde las galerías altas completaba el cuadro, estuvo siempre exclusivamente constituida por elementos trabajadores. Entre estos, empero, reparamos en la presencia de los señores Arraga, Dickmann y Zacagnini.

De vez en cuando sonoras demostraciones de los espectadores animaban al recinto, en el que, por lo demás no se encendieron disputas—de notoria precedencia en análogos congresos—que merezcan mención particular, agotándose el tema en forma moderada, si bien pudieron aquellos representantes del sindicalismo obrero haber calculadamente ocultado a los que éramos extraños, el fuego que ardía en el interior de sus espíritus. Con todo, se habló al pasar de la huelga general, a la que se iría, se dijo, por acto de solidaridad con los com-

pañeros del ferrocarril Meridiano V. Y tras expresarse, por delegados de diferentes edades, opiniones encontradas, sin que vislumbráramos nosotros con nitidez el deseo de la mayoría a ese respecto, votáronse la lista del actual consejo federal—en el que figura el delegado Marotta como secretario—y determinadas proposiciones de algunos de los sindicatos federados; con lo cual se llegó luego a la clausura de la convocatoria; lamentando al alejarnos de aquel lugar, que se desconocieran de una manera casi completa y perjudicial, por los que actúan fuera del medio obrero, el pensamiento, los asuntos y aspiraciones de un núcleo de sociedades compactas que sin cesar se ocupan de sus mejoras, así del presente como del futuro.

III

Ya entrados en la primera semana de enero, vengamos a los sucesos de saliente repercusión y de influencia inmediata que acarrearón los derramamientos de sangre de trágico recuerdo.

En esos días prodújose la muerte del cabo Chaves, reflejando una situación de ánimos tensa y enconada—en exceso—de la clase obrera frente a la autoridad. Ello, como se recordará, ocurrió durante el interinato del señor Denovi en la jefatura de policía. Sabemos que fué uno de los primeros hechos violentos a que dió nacimiento el conflicto de la casa Vasena que, aumentando las asperezas recíprocas entre el directorio y los operarios, degeneró en el encuentro entre una columna de huelguistas y los conductores de un convoy de chatas de la empresa metalúrgica de esa firma, en el radio de Nueva Pompeya, y en que cinco obreros perdieron su vida. Esto sucedía el 7 de enero. Dos días después era designado jefe titular de policía el ex ministro de Guerra, Don Elpidio González, cuyo primer acto como tal fué el de trasladarse con encomiable serenidad a uno de los comités socialistas improvisado en capilla ardiente, donde velábanse a dos de los caídos en los choques del día anterior. Es sencillo adivinar que su intención al concurrir allí, donde la atmósfera debía ser pesada para cu-

alquier funcionario del gobierno, fué la de introducir, por medio de razonamientos y convenientes persuaciones, la calma necesaria que impidiera ulterioridades lógicas de presumir; gestión arriesgada que no dió resultado. La sorpresa de los que llenaban aquel sitio ante la presencia insólita del jefe de policía, debió no ser poca; exclusivamente ella se comprende que salvara a éste de una agresión personal, dada la agitación reinante entre los deudos y las demás personas que custodiaban los restos de las víctimas obreras, puestas ya en sus respectivos ataúdes.

Al emprender su regreso hacia el centro, fué cuando tuvo aquél la sorpresa de encontrar su automóvil presa de las llamas; accidencia más conocida y comentada, por cierto, que la primera e interesante parte de este episodio.

Con el propósito de conducir progresivamente la mente del lector hacia el tema que encierra el título, se explica que, aunque a la ligera, demos revista a detalles que pocos habrá que no recuerden, pero que nos son indispensables en la narración comenzada.

Desde las siete de la mañana quedaba instalado el general Luis J. Dellepiane (con su estado mayor) en el Departamento de Policía, permaneciendo en las inmediaciones de Palermo los regimientos de la segunda división militar de su comando, recién bajados de Campo de Mayo; y pasado medio día habíase hecho conocer el decreto del Ejecutivo—de mucho antes proyectado—por el que se aumentaba en un veinte por ciento los sueldos a los agentes, cabos y sargentos del servicio metropolitano, instándose, además, al Congreso, la sanción de una ley de jubilaciones y pensiones para los beneficiados.

Al atardecer celebrabase el entierro, cuyo acompañamiento dejó patentes rastros por todo el camino, que, a pie y tumultuosamente, recorrieran sus participantes; y entre asaltos a vehículos de lujo, armerías, negocios, etc., y disparos de arma a diestra y siniestra, llegó la noche, que fué de tregua y coordinación de planes para los propagandista de medidas extremas.

Como ahora vamos de lleno a desembocar en la «se-

mana trágica», desde aquí es conveniente que dividamos esta reconstrucción subordinándonos a lo que cada fecha en sus rasgos más salientes marque.

10 DE ENERO.—El aceptarse en las comisarías el concurso de los civiles, el tráfico de rodados nulo y las fuerzas de línea patrullando las calles, crearon en el espíritu de cuantos no miraban el humo, la sensación de que algo sucedería... Efectivamente, habiéndose ausentado del Departamento de Policía a comer en sus respectivos hogares, primero el general Dellepiane y a poco el Señor González, percibiéronse allí—como obedeciendo a una coincidencia, fortuita o preparada—singulares exteriorizaciones, que en razón del momento en que se agudizaron, tendremos que llamar preludios del estallido informe o rebelión, que apresuradamente tomara cuerpo con empalmes de huelga general.

Marcaban los relojes las 9 y 5 minutos p. m., cuando por sobre los caseríos contiguos al departamento—y con precisa separación entre sí—tres petardos estallaron. No hay duda de que esta fué la señal entre los confabulados, que confiados en sus medios, contaban con apoderarse del baluarte central de la policía.

Aun cuando no fuimos testigos de lo ocurrido en esa emergencia, estamos enterados de que, acto continuo, se entornaron las puertas de acceso que dan a Moreno, iniciándose al mismo tiempo desde el interior el tiroteo graneado que la población, presa de zozobras, escuchara durante casi quince minutos; dando por sorprendente resultado que no hubiese un herido grave siquiera ni dentro ni fuera.

¿Creyóse por los que estaban en el interior que la manzana era atacada? Algunos síntomas hubo para que así se pensara, puesto que de varias azoteas circunvecinas disparábanse armas de fuego, especialmente de una cuyos bajos viéranse concurridos, esa tarde y la anterior, por prestigiosos "leaders" de la política nacional.

No es posible imaginar lo que pudo acontecer ahí sin la súbita llegada del general Dellepiane y del regimiento 8 de infantería, llamado telefónicamente por éste des-

de su domicilio, no bien el teniente Nocito—su secretario—le diera aviso personal de lo que ocurría.

Al aparecer el general Dellepiane en medio de las nutridas descargas que en completa obscuridad y a granel se hacían, hubo de ser confundido y, en consecuencia, baleado por los agentes que defendían la puerta. Mas, afortunadamente entremezclados con éstos, se encontraba un grupo de civiles, y no faltó quien, reconociendo a aquél, su nombre pronunciara. ¡El general Dellepiane! ¡El general Dellepiane!, se exclama por unos y por otros; y a modo de grato eco, por patios y galerías, hasta extinguirse en los confines de la casa, como si fuera un símbolo o un alivio, repítese su nombre una, dos, diez, cien veces...

El ex jefe de policía, habiéndose dado cuenta de un solo golpe de vista de la confusión allí reinante—mejor dicho caos—, jugándose el todo por el todo, con voz vibrante y además elocuente, valiéndose de interjecciones que, como relámpagos, intercala a frases sugestivas, apostrofa y entona a aquellos hombres; se multiplica en la expresión y el esfuerzo por atraer a su lado, en el auge de la tormenta, a la tropa desorientada. Emitidos los reproches, como así los tiernos y entrecortados recuerdos de años duros vividos en común, acompañadas de gesto viril como un chasquido resuenan en el aire estas palabras que mandan, ruegan y arrastran: ¡Arriba, pues, los fusiles! Todos los que le circundan, que se han convencido a su primer ademán, imitando el movimiento alzan sus armas y aclaman estruendosamente y a una sola voz a quien así les arenga.

En tal aprieto para la estabilidad de las instituciones en vigencia, el azar, mostrándose contrario a la intenciona, daba alas a los conscriptos del 8 de línea, que a marchas forzadas irrumpían por Moreno desde el nordeste y hacia los cuales girando a su vez, el jefe de la división—siempre en la misma airada actitud—también les habla y azuza, para que presto coronen las azoteas... En un abrir y cerrar de ojos las escaleras trepa este núcleo de juventud jadeante de acción, y alcanzando la parte alta del edificio, en los ángulos sitúa sus ametralladoras, rea-

centúandose el fuego de adentro hacia fuera, que por unos minutos habíase amenguado, y disminuyendo sensiblemente, en cambio, hasta extinguirse para no renudarse más el que desde la vecindad se dirigiera contra la policía. Ya no hubo allí—se presume—quienes, en fuerza del contagio, no sintieran volcarse sus espíritus en la misma línea de conducta de aquellos recién venidos.

Se ha dicho con posterioridad a esta emergencia, que más de uno de los civiles que entonces se encontraban allí, parecía tener trazas sospechosas, lo que permanecerá probablemente mucho tiempo sin comprobarse, dado que si hubo complotados entre aquellos, aprovechándose de la confusión pusieron pies en polvorosa, seguros de que por ese flanco no quedaba ya nada que hacer.

11 DE ENERO.—Cuando, caminando a primera hora y en dirección al departamento de policía, leíamos las crónicas en que aprobatoriamente se hacía referencia al comportamiento del jefe del acantonamiento de Campo de Mayo la noche anterior, a lo que se agregaba en cada esquina el comentario satisfecho de los corrillos de gente pacífica, resurgía en nuestra mente la memoria de aquel otro momento de excitación colectiva, durante el año 1910, en que una desacertada apreciación de los hechos atraía sobre el entonces coronel Dellepiane venticellos de repudio y condenación porque no se dejaba influenciar por la intolerancia ensobrecida, que exigía insensatas resoluciones. En otros términos: el hombre que, pacientemente y seguro de sí mismo, aguantara durante los festejos del primer centenario y bastante tiempo después los dardos de la impopularidad, era ahora el niño mimado de parte de la opinión—de la parte que se encontraba en peligro—y su nombre corría de boca en boca entre los mismos que antes se placían en mentarlo para arrojarle con cuanto dicerio les venía a los labios.

Nuestra policía que, en funcionamiento normal, tiene su aspecto característico de repartición sui generis—ni militar ni civil—ofrecía desde el dintel de la casa central peculiaridades dignas de precisarse: soldados y oficiales del ejército en los patios, en los corredores, en

lo alto y en lo bajo; mayores, comandantes y coroneles veíanse en las oficinas, en los teléfonos, en la jefatura; interfusión militar explicada por la cooperación amplísima que, sin etiqueteos, pidiera el Señor González al general Dellepiane ante la situación de la capital, pero que por desusado tenía que llamar fuertemente la atención.

Una vez aclimatado el espíritu a aquel improvisado estado de cosas, paulatinamente y con solo prestar oído, podíanse enterar, los que no perdían su tiempo ahí, de la marcha del movimiento en sus rasgos generales; los numerosos teléfonos en permanente actividad, como así los partes telegráficos, eran verdaderamente los termómetros y barómetros indicadores de la situación. De ahí que fuera posible palpar, sin mucho trabajo, la nerviosidad que de un extremo al otro sacudía a la población entera.

Según informaciones intranquilizadoras provenientes de la comisaría 24 (la Boca), las condiciones ambientes allí empeoraban por momentos: se pedían, pués, refuerzos. De la 7 y la 9 (Balvanera y Mercado de Abastos), se anunciaba que aquellas eran pésimas. Poco después de las once, de la 20 daban aviso de que en Rioja y Garay, a inmediaciones de los talleres de Vasena, se levantaban trincheras de resistencia. Confirmado este último parte, en el acto le fué ordenado al comandante Núñez trasladarse a aquel punto con una pieza de artillería y 30 hombres, dejándose librado a su prudencia obrar como las circunstancias aconsejasen, debiendo hacer tronar el cañón sólo como postrer argumento. Resultado: que se había levantado, sí, el pavimento y construido una barricada, pero por mano de un verdadero enjambre de chicuelos, quienes, desde lejos, al divisar tantos aprestos, como por encanto diéronse a la fuga por calles, puertas y ventanas, produciendo en el barrio el bullicio que es de suponer. No tronó el cañón, en consecuencia.

Cargados con refuerzos de agentes y soldados y rumbo a las secciones del oeste a las doce pusieron en marcha los camiones que el comercio desinteresadamente prestara a las autoridades. Auxilios que hacíanse necesarios, ya que los atacantes de las comisarías, según

expresábase en los partes, demostraban poseer entereza, añadiéndose que su táctica era la de avanzar en grupos —no muy organizados, aunque sí con una mira determinada,—y de dispersión por casas y azoteas al no obtener la realización del objetivo propuesto. Combatían en forma de guerrillas en resumidas cuentas.

Entre otras, la noticia de mayor importancia recibida a esa hora—y luego rectificad—, fue la de haber sido tomada la comisaría 36, lo que, dado su significación, debió influir no escasamente a que en el transcurso de la tarde —sobre las bases concretas de nacionalismo y voluntariado—acabara de darse forma, en el Centro Naval, a la idea de constituir una liga patriótica argentina.

Al anochecer, repuntando las embestidas de la masa revolucionada, renacieron inquietudes con respecto a la comisaría 24, la más al alcance del elemento obrero huelguista y que sostúvose hasta el día 15 con cerca de 300 hombres armados

12 DE ENERO.—Penosa impresión conservamos de esta madrugada, en que nos fuera dado asistir a la primera concentración de detenidos por infracciones sociales, apresados con razón unos sin razón muchos; penosa porque había en los cuerpos acardenalados de aquellos sujetos trazas que si se justifican cuando las ocasionan inevitables represalias, en todos los casos debe sin ambages reprobarlas el sentimiento de la piedad.

¡Hasta cuándo continuará encanallando la misión de la criatura humana, la maldita herencia fratricida!...

Afanosa en orientarse certeramente, muy en cuenta seguía teniendo la autoridad en esta tercer jornada, la explícita y terminante proclama del consejo federal de la F. O. R. A. del X. congreso—datada el 10—, que declaraba estar a la cabeza de la clase obrera en la lucha del momento, o sea, que sus dirigentes se cuadraban frente a la serias y especiales responsabilidades que les incumbía y que debían ponerles a prueba. Su cometido discreto hasta el día en que nos encontramos, no perdió ulteriormente tan plausible característica, que le ha sido reconocida por tirios y troyanos.

Entre tanto como en la ciudad se empezara ya a sen-

tir la carencia de víveres, a eso de las ocho y media tuvo lugar en la jefatura de policía una entrevista entre el general Dellepiane y el doctor Llambías, en la que, considerado el problema, se vió que para la autoridad el secreto estaba en dominar a los que haciendo cerco a la capital, desmantelaban a todo vehículo, grande o pequeño, que condujera artículos de mercado para el abastecimiento de la misma. El procedimiento ejecutivo, aplicado sin dilación, aminoró de inmediato las consecuencias de un peligro que lógicamente se sospechó que fuese a llevar todo a bruscos desenlaces.

Los ejemplos de lo acontecido en otras partes, martillando el espíritu de las autoridades, les sugerían las proyecciones posibles de cada conflicto planteado o por venir. Sin ir muy lejos, ¿qué sobrevino en Petrogrado a raíz de los hoy históricos motines producidos por la escasez y el alto precio de los comestibles, convertidos casi en artículos de lujo para las clases trabajadoras?

Según íbase estudiando desde la jefatura de policía, por sectores desplegaban su acción los atacantes, teniendo a la plaza de Mayo por centro de referencia, suponiéndose por muchos que la estratagia usada bien podía haber sido concebida y estarse dirigiendo por personas de competencia militar. El pro y el contra sostenidos con buenos razonamientos por los jefes del ejército allí reunidos, contituyó una nota más, de jugoso interés, para los que meramente oyentes en este debate, presenciábamos el desarrollo de la semana trágica desde aquel caleidoscopio eterno y único, de dolores, miserias y desviaciones morales que se llama la policía.

Sin mucho intervalo y antes de haberse agotado la mañana, dos informaciones a cual más grave, realizaban por vía telefónica su entrada en la jefatura: la sublevación del personal de la sección 29 (Belgrano)—que se infería estaba convertida en un foco desmoralizador para la Institución—y la inminencia de la rendición de la 13 (Socorro).

Para afrontar la situación en la primera, designóse al teniente coronel Nuñez, quien recibió para proceder aná-

logas recomendaciones a las escuchadas el día anterior, cuando desempeñara su comisión en la 20.

A reconquistar la posición perdida debía acompañarle el comisario Dellepiane, pero estando ya listos a partir, súpose que la noticia adolecía de una lamentable desfiguración; tan lamentable y exagerada, que el hecho era fundamentalmente distinto. He aquí su síntesis, que entraña toda una ingeniosa estratagema: resueltos varios revoltosos a apoderarse de la comisaría, habían pretextado en las cercanías una gresca de considerables proporciones, lo que obligó a concurrir al lugar a un piquete de agentes; engañados éstos por las apariencias, detuvieron a los simuladores, los cuales, al ser internados en las oficinas de la sección, siguiendo su plan, atacaron a aquéllos y a la oficialidad de la misma, causando, es verdad, heridas al comisario y a tres agentes; pero sin las otras consecuencias de ribetes cinematográficos que prontamente se encargó de inventarle la efervescencia de los transmísres. Esto fué todo; lo cual nos excusa de mayores comentarios. No tronó el cañon, tampoco, esta vez...

Seguidamente y cual si el destino de ambas novedades fuese el de rodar hermanadas en su progresiva transformación, se anunciaba por telegráfo haberse despejado la nebulosa perspectiva de la 13, en cuyo radio restablecíase la calma.

Al anoecer ensayáronse por los rebeldes sus postremos ataques a las comisarías 20, 24, 26 y 30 sucesivamente, sin perjuicio de matizar, además, los intervalos con disparos sueltos que dirigían contra todo el que vistiese uniforme, lo que llevaban a cabo apuntando desde puertas o persianas que mantenían entornadas, o bien parapentándose en las azoteas propias o ajenas.

Por la noche vimos en los salones de la jefatura al ministro del Interior, doctor Gómez, a los diputados Oyhanarte y Ferreyra, doctor Molinari y el círculo íntimo de personas vinculadas al presidente de la república.

13 DE ENERO.—Habiendo en sus distintas exteriorizaciones decrecido manifiestamente la agitación revolucionaria, pudieron ser atendidas en la jefatura muchas

personas llevadas allí por razón de sus cargos o por asuntos de interés público; entre aquellos el presidente de la cámara criminal, doctor Frías, el Juez doctor Oro, el fiscal doctor Coll; entre los últimos, los contralmirantes Sáenz Valiente y Domecq García y el doctor Iriondo, portadores de listas de adherentes a la liga antes referida.

Pudo también, debido a la misma circunstancia, ser servido a mediodía en el cuartel de bomberos el almuerzo que la oficialidad del cuerpo dedicaba al general Dellepiane, cuyo arribo dió motivo, al compás de clarinadas y redobles marciales, a improvisadas expansiones de entusiasmo y aprecio nacidas de entre el personal de filas que le vitoreó largamente.

Por la tarde, si bien intermitentemente persistía el tiroteo de los parapetados, la rebelión en lo demás se hallaba sofocada: asimismo manteníase discutible la posibilidad de que en breve se restableciera la normalidad del trabajo. Con todo, constituyó un buen augurio la aproximación espontánea de una delegación de la F. O. R. A. del X congreso al Departamento Central, la cual, compuesta por los obreros Lauzet y Cuomo, manifestó que «la fora» no se solidarizaba con los atentados o excesos cometidos por gente extraña a la agrupación, de lo que en la jefatura se tomó especial nota: catalogándose por ésta, como es de suponer, la influencia, arrastre y medios de acción de cada una de las corrientes participantes en el movimiento que se esperaba aplacar.

El detenido Wald, como así sus dos compañeros—alrededor de los cuales se habían tejido fábulas demasiado conocidas—, probaban ejercer singular atracción entre la concurrencia que se hallaba de paso por las dependencias de la institución, debido a lo cual a cada instante eran ellos visitados, preguntados y repreguntados en su mal oliente celda, por los interesados en oír de sus propios labios referencias sobre su pasado o explicaciones sobre los precedentes comprometedores que les eran imputados. De entre el denso desfile de cronista, curiosos, observadores, escritores y políticos, retiene nuestro recuerdo a los diputados nacionales Moreno, Escobar

Sánchez Sorondo y Santamarina y al doctor Alfredo Palacios.

14 DE ENERO.—Tranquila transcurrió esta mañana, como un albor de la tan anhelada paz. Pero, improvisándose cierto malentendido de carácter policial interno hubieron de malograrse tan gratas perspectivas, lo que por suerte no tomó cuerpo. Veamos que poco faltó para que acaso todo se echará a perder:

Estando ya muy avanzada la tarde, al mismo tiempo, aunque separadamente, hacíanse anunciar en el recinto de la jefatura las comisiones de la F. O. R. A. del X congreso y la del V congreso—o «quintistas»—con el fin de negociar la vuelta al trabajo de los gremios en huelga. Sus respectivos pliegos de condiciones, en su fondo y en su forma, eran análogos: 1º, libertad de los detenidos durante la revuelta; 2º, supresión de ostentaciones de fuerza por por parte de las autoridades; 3º, seguridades de ser respetado en toda su plenitud el derecho de reunión.

Los petitorios, sostenidos con vehemencia y despliegue de convincentes argumentos por los delegados, fueron aceptados por la jefatura después de muchas consideraciones, réplicas y de su lado tácitas promesas; y como se expresaran por los obreros desconfianzas respecto del cumplimiento de dichas cláusulas, trájose sobre la marcha al salón de audiencias a la titulada prometida del detenido Wald, a la que le fué comunicado que podía volver a su hogar no bien lo dispusiera. Con esta garantía *de facto*, que despejaba el horizonte, levantóse la reunión, que epilógaba con el olvido recíproco de los agravios recibidos. No obstante, unos momentos más tarde, realizábase el allanamiento oficial del periódico «La Protesta», como así también el de determinado local de tendencias anarquistas; hechos que, como decíamos antes, un poco complicaron el arreglo pactado, promoviendo de veras la alarma en todos los sectores de la población obrera, en la que ya se tenía aviso del avenimiento de las partes.

Al realizar por la noche el general Dellepiane una rápida jira de inspección por las secciones de la zona del centro, hallóse en la esquina de la comisaría 13 con el

risueño percance de serle detenido el automóvil por una avanzada de guardias cívicas que operaban a su manera, controlándolo, averiguándolo y palpándolo todo, y que en su ardor de procedimientos, casi desdeñaban oír explicaciones, no admitiendo excepciones contrarias a su estrictos recaudos, y a los que costó convencer de la identidad de los ocupantes. Aquel temible grupo de aficionados a la gendarmería volante tenía su jefe: éste, que lo era el de más estatura, no pasaba de ser un imberbe que a lo sumo habría cumplido dieciocho abriles...

15 DE ENERO.—Para que volvieran las cosas a su quicio quedaba todavía pendiente el giro que darían los obreros a la inaguardada incidencia surgida en las últimas horas del día anterior. Mas, debido a la puntualizadas aclaraciones aparecidas y divulgadas en la misma mañana, toda zozobra estuvo al fin conjurada, ya que no se le daba transcendencia por las autoridades federales, a la noticia—de bulto, pero no importante—de las nerviosidades colectivo-sociales que venían de pronunciarse en algunas provincias y principales centros industriales del norte.

Sin duda que en las calles paulatinamente se recobrabá la regularización del tráfico, dando positivos resultados de animación pública y confianza en el cese de las hostilidades. Pero, entre tanto—y esto es el corolario ingrato de tan fuerte y reveladora sacudida—¿quién convencería a unos que con la violencia no es posible proponerse la obtención de la felicidad de la especie, y a los otros que empleando la justicia, nada más que la justicia—en el pensamiento y la acción—, se debe y es preciso intentar ir hasta ella?

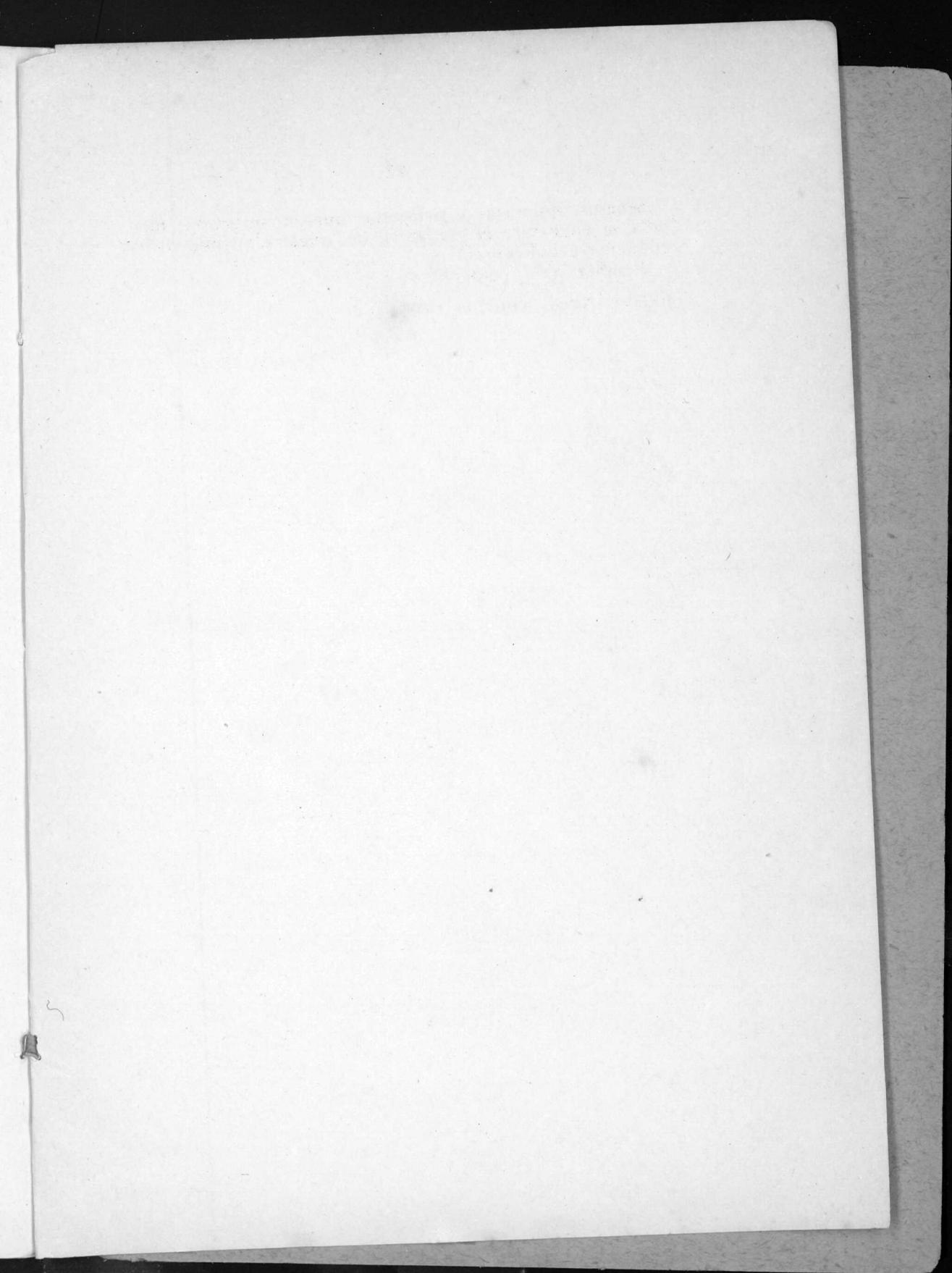
El tiempo, ese magnífico y sabio maestro, nos dirá si tanto los de arriba como los supeditados—el capital y el trabajo—, han sabido sacar partido de una experiencia que encierra más consejos y dictados que las leyes mejor concluidas en otras latitudes y que las elaboraciones científicas más meditadas de los profesionales de la economía y el derecho extranjeros.

Seamos optimistas y pensemos que en «nosotros» mismos se encuentra el manantial de nuestra posible dicha colectiva e individual.

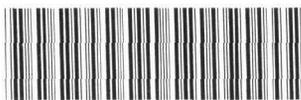
¡Bendita sea la esperanza!

Buenos Aires, Abril de 1919.

César Viale.



LIBRARY OF CONGRESS



0 010 464 515 A

